



**La etnografía**  
Método, campo y reflexividad

Rosana Guber

ENCICLOPEDIA LATINOAMERICANA  
DE SOCIOCULTURA Y COMUNICACIÓN

GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

Guber, Rosana

La etnografía, método, campo y reflexividad/Rosana Guber.-

Bogotá: Grupo Editorial, Norma, 2001.

146p.; 18 cm- -(Enciclopedia latinoamericana de sociocultura y comunicación)

ISBN 958-04-6154-6

Etnología 2. Antropología social – Investigaciones I. Tít. II. Serie 305.8 cd 20 ed.

Primera edición: abril de 2001

©2001. De esta edición:

Grupo Editorial Norma

Diseño de tapa: Ariana Jenik

Fotografía de tapa: Eduardo Rey

Diagramación: Daniela Codito

Impreso en Colombia

## CAPÍTULO 5 EL INVESTIGADOR EN EL CAMPO

El encuentro entre investigador y pobladores, según muestran las técnicas etnográficas, está atravesado por una tensión fundante: los usos e interpretaciones del estar allí" para el investigador/miembro de otra cultura o sociedad, y para los pobladores/informantes, que las técnicas con su flexibilidad permiten identificar y analizar. Pero esta flexibilidad descansa en el investigador que transforma a las técnicas de recolección de información en partes del proceso de construcción del objeto de conocimiento. En esta búsqueda, donde descubre si muí l anea mente lo que busca y la forma de encontrarlo, o investigador se convierte en la principal e irrenunciable herramienta etnográfica.

La capacidad inconmensurable de la herramienta/investigador reside en la conciencia de sus propias limitaciones, pues su poder de adecuación no es universal a todos los requerimientos. Hasta aquí nos referimos a las limitaciones desde la perspectiva del investigador -su epistemocentrismo, su determinación académica, cultural y social-; ahora trataremos las limitaciones desde la lógica de los sujetos que estudia. Aunque esta lógica sea tan diversa e imprevisible como sentidos [101] socioculturales existen, nos detendremos en cuatro aspectos de segura aparición: la persona, las emociones, el género y el origen, ejemplificando con un incidente que protagonicé al concluir mi trabajo de campo.

### I. Un incidente de campo<sup>11</sup>

Era la tercera conmemoración de la toma argentina de las Islas Malvinas por las Fuerzas Armadas argentinas, que yo presenciaba en Buenos Aires. Llevaba ya dos años de trabajo de campo intensivo, además de tres meses de prospección para mi investigación doctoral sobre la identidad social de los soldados conscriptos en el teatro bélico anglo-argentino de 1.982. El intento de recuperación del archipiélago Malvinas en el Atlántico Sur tras 149 años de ocupación británica, se inició el 2 de abril de ese año y culminó 74 días después con la derrota argentina. La "Guerra de Malvinas", como la llamamos los argentinos, fue la última iniciativa del régimen militar autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional" (1976-1983), una de las dictaduras del Cono Sur latinoamericano, antes de su retiro del gobierno.

Próxima a cerrar esta etapa de trabajo fui a presenciar la conmemoración de la toma argentina del 2 de abril, que convocaban algunas organizaciones de veteranos de guerra en el centro político de Buenos Aires, la Plaza de Mayo. Ese acto estaba conducido por Carlos y otros militantes de la "causa Malvinas," abocados a mantener viva su llama en la "desmalvinizada" [102] (desnacionalizada) sociedad argentina. A lo largo de los cuatro años de nuestra relación, Carlos se había irtransformado en connotado dirigente de una organización de ex-soldados de vasto alcance.<sup>12</sup> Por su intermedio y ayuda conocí a otros veteranos, pero pocas veces pude entrevistar lo debido, según me explicó, a sus ocupaciones. La relación se fue limitando a algunas visitas a las oficinas de la organización y a los actos públicos que ésta convocaba.

Este 2 de abril consistiría en un desfile céntrico por la Capital argentina, que culminaría en el "Monumento a los Caídos en el Atlántico Sur", en la Plaza General San Martín. Esta vez, la marcha sucedería a una misa en la Catedral Metropolitana.

---

<sup>11</sup> Un análisis reflexivo de este incidente fue presentado en las I Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos (1994) y publicado en Guber 1994 y 1995.

<sup>12</sup> Por razones éticas he preferido modificar todo ciato que permitiera identificar a los protagonistas reales del incidente y a sus organizaciones, información que a los efectos de la elaboración de este artículo, no sería pertinente.

Llegué puntualmente al lugar, y encontré a la esposa de Carlos, a quien ya conocía; la saludé con un beso pero se mantuvo distante. Mientras saludaba a los demás de la ronda, en voz bien alta dijo, con la mirada perdida: "¡Están llegando los servís!". Miré y no vi nada raro; como nadie me invitó a quedarme seguí rumbo a la Catedral. Entonces apareció Carlos con uniforme militar, aunque no lo veía desde el año anterior, no mostró demasiado entusiasmo en el reencuentro, y siguió con sus preparativos. Me consolé pensando que "tendría mucho que hacer" y que yo ya le resultaba una cara "irrelevantemente familiar" (¿un "mal necesario"?). Me ubiqué en la entrada de la Catedral a esperar, cuando la mujer de Carlos se acercó y me dijo: [103]

"Mira: vos mantenete lejos de los ex-combatientes y de mi marido, porque no queremos gente de inteligencia en (la organización). Y cuidate, porque si no vas a perder tu trabajo en inteligencia".

Sólo atiné a contestar "¿Vos estás en pedo (loca)?", pero se fue sin darme tiempo a nada más.

Aturdida, sentí que me transformaba en una columna más del edificio. Sin reaccionar todavía, me dije que debía registrar el acto y que, después de todo, no tenía nada que ocultar ni de qué avergonzarme. Pero aunque decidí hacer lo previsto, poco pude desde mi estado de ánimo con el cual acompañaba al acto en otra sintonía, como si la vergüenza de un cargo que no me correspondía me hubiera sin embargo atravesado. Sólo registré, siempre mentalmente, algunas generalidades, mientras trataba de sobreponerme a la sensación de estar marcada por una campanilla de leproso. ¿Cómo actuar con naturalidad si toda pregunta más allá del "cómo andas!" podía interpretarse como un acto de "espionaje"?

Ante eventos como éste los investigadores podemos optar por desentendernos de lo ocurrido y "pasar a otra cosa" atribuyendo el traspie a un malentendido, a la mala fe o a la ignorancia. Yo preferí enfocarlo como si se tratara de información relevante, al menos para calmar mi ansiedad. En este enfoque cuatro aspectos se ponían claramente en cuestión: mi persona, mis emociones, mi lugar de mujer, y mi nacionalidad.

## II. La persona del investigador

Apenas se fue la mujer de Carlos pensé que, al menos, ahora conocía la razón de aquella indiferencia, pero [104] no entendía por qué se explicitaba recién después de cuatro años y mucho menos por qué Carlos y su mujer estaban tan seguros de mi doble identidad. Sabía que los amoldados guardaban alguna desconfianza hacia mí, pero supuse que ésta se había atenuado con el tiempo, mi trabajo y mi conducta. Además, Carlos había cursado materias de antropología en la Universidad y teníamos conocidos en común; muchas veces me había escuchado presentarme como investigadora del sistema científico nacional, docente universitaria, y alumna de un doctorado en los EE.UU., y nunca lo había objetado. ¿Dónde estaba el problema, entonces?

Sin sumergirme en la psicología individual de mis detractores (Geertz 1973) sólo atiné a interrogar a mi perplejidad. Un primer ingrediente era el concepto de "persona" que difería dramáticamente del de mis interlocutores. Nacido del siglo XIX, el trabajo de campo etnográfico se configuró paralelamente al liberalismo político y económico, cuando la persona empezaba a caracterizarse como un sujeto jurídico universal de derechos. La "persona" moderna y liberal es la culminación de un desarrollo que reúne al sujeto de derecho de los romanos con el yo moralmente responsable e individual de los estoicos, y con el sujeto de derechos universales (libertad, justicia, conciencia, comunicación directa con Dios), un esta confluencia el concepto de "persona"<sup>13</sup> mantuvo [105]

---

<sup>13</sup> La discusión más propiamente antropológica sobre el concepto de persona surge con el seminal artículo de Marcel Mauss ([1938] 1985) quien hizo una historia del concepto, al que distinguía de self. Para él la persona era el individuo en términos de su pertenencia social y legal, mientras que el self o moi era el sentido o conciencia de sí mismo.

básicamente el sentido de su etimología, la palabra etrusca *per/sonare* por su asociación con la máscara dramática. El personaje expresado en la máscara fue cediendo al carácter individual/institucional (Mauss [1938] 1979; Whittaker 1992; La Fontaine 1985).<sup>14</sup>

Que el dominante sea el concepto de persona propio del liberalismo y la ciudadanía, no implica que su significado haya sido el mismo en todos los tiempos y sociedades. Pero el investigador social moderno actúa como un individuo que, independientemente de [106] ser hombre o mujer, blanco o negro, fascista o comunista, acomete la búsqueda desinteresada e impersonal del conocimiento.

Esta representación de la persona se actúa en el campo a toda hora, pero es más evidente al principio porque investigador e informante actúan recíprocamente sus papeles (roles) y status formales según el "deber ser" de sus respectivas sociedades, culturas y reflexividades. Entonces, el investigador se presenta como miembro de una institución universitaria que va a realizar un estudio, mientras que su primer o prime-interlocutores se presentan como autoridades en la materia, en el lugar y entre sus vecinos. Esta presentación es, como ha señalado Erving Goffman, una actuación cuya relevancia reside en indicar pautas de derecho, moralidad y responsabilidad. Por eso, nombres y cargos, patrones de deferencia y de respeto, permiten clasificar al interlocutor (1971). Con sus cargas morales, de rol y de status, estas tipificaciones trazan las líneas futuras de interacción, cooperación y reciprocidad, y por lo tanto los lugares viables e inviables para observar, participar y entrevistar.

Mi perplejidad denunciaba, pues, una disonancia entre mi persona de "investigador y académico" (nótese el masculino), y la persona que me atribuían (al menos) Carlos y su mujer. El incidente me demostró que el concepto occidental de persona no se aplica por igual ni aun en Occidente, por ejemplo, cuando pese a invocarse un sujeto universal de derechos se habita un espacio jurídico cuyos habitantes han sido crónicamente menguados en su plena ciudadanía. La "persona" del liberalismo es incompatible con la "persona" de un grupo [107] social que ha sido blanco de persecución, castigos, y hasta de la sustracción absoluta y total de su persona, como en la desaparición (¡de personas!). Mientras el etnógrafo se presenta a sí mismo como un ser autónomo de su origen social, político o étnico, ligado solamente a sus credenciales académicas, sus interlocutores tienen toda la razón para interpretar esa presencia como algo más próximo a su experiencia.

### III. Las emociones

Episodios como el que viví despiertan los temores más íntimos del investigador de campo: el desprecio, no "ingresar", y si hemos ingresado, que se nos declare 'persona non grata' y debamos irnos. Esta angustia va más allá de la responsabilidad académica; el rechazo cuestiona nuestras fibras más íntimas como trabajadores de campo, la creencia de que podemos operar como mediadores entre sectores sociales y entre culturas. Lo que nos jugamos en el campo, cada uno en su

<sup>14</sup> La noción de persona se diferencia de otras muy cercanas: a) el individuo refiere a una sola entidad, separada de una colectividad, y se ha naturalizado para referir objetos animados e inanimados, humanos y cosas. Se relaciona con "persona" cuando se apela al respeto o dignidad por la persona en tanto que individuo, en un sentido impreso por la filosofía liberal euro-occidental. b) La identidad suele entenderse como un conjunto relativamente estable de rasgos distintivos por medio de los cuales se puede reconocer a un individuo o grupo de individuos a lo largo de una trayectoria, listos rasgos son esencialmente configuraciones socioculturales instauradas desde el pasado, instituidas y disponibles como procedimientos de diferenciación. La invocación de la identidad activa las categorías y atributos por medio de los cuales los individuos o grupos se tornan reconocibles. Por eso su localización es generalmente pública y en la interacción, c) El carácter tiene más relación con la personalidad. Pero también puede usarse como un personaje en el sentido de alguien "pintoresco", o para quienes reivindican algún tipo de unicidad o excepcionalidad. d) El self o sí mismo es la reificación de una entidad separada al nivel interno del individuo. Los self no son visibles, sino abstraídos y supuestos de estar ahí ocultos en el individuo. En las ciencias sociales se ha opuesto self a sociedad, al Mi, etc. e) La persona, por último es una asignación moral e institucional a la individualidad. Tiene una posición legal y de status, y se relaciona con la dignidad, la deferencia, el respeto, las formas de trato. Alguien con persona se diferencia de quienes moralmente carecen de humanidad, como los desviados, los locos, los viejos, y frecuentemente las mujeres y los niños (Whittaker 1992:198-200).

solitaria y frecuentemente incomprendida individualidad, es sostener la utopía de ser social y culturalmente solidarios, que estamos dispuestos a escuchar y a entender lo que otros no escuchan ni entienden. Por eso una hecatombe como ésta nos humilla y avergüenza, obligándonos a resignificar nuestra devoción humanitaria, y a preguntarnos si "hemos nacido para esto".

Esta dimensión de la perplejidad está generalmente ausente de la mayoría de los manuales, pero aparece en todos los relatos auto-biográficos de los etnógrafos. Temor, ansiedad, vergüenza, atracción, amor, seducción caben en una categoría sistemáticamente negada por la metodología de investigación social: la emoción, [108] contracara subjetiva, privada e íntima de la "persona" - sujeto jurídico. Según la lógica académica para la cual la razón es el principal vehículo y mecanismo elaborador de conocimiento, la pasión, los instintos corporales y la fe "no tienen razón de ser". Asignadas al reino del cuerpo, del espíritu y la intuición, estas facetas fueron relegadas como expresiones vergonzantes y, en todo uso, como eventuales objetos de domesticación y formas distorsionadas de conocimiento. Esta segregación tiene su correlato social, pues los grupos considerados como más próximos a la razón -los hombres, los adultos, los miembros de clase media y los blancos/europeos- estarían en mejores condiciones de conocer científicamente que los segmentos "más emocionales" como las mujeres, las "masas" populares y los jóvenes (Taylor N81; Lutz & Abu-Lughod 1990; Lutz 1988) o ligados por lazos afectivos al saber tradicional, como los aborígenes y los campesinos.

Desde esta perspectiva, la emoción es el "anti-método" que nos aleja del conocimiento ecuánime y objetivo, (ornando sospechosa, como vimos, a la participación. Las emociones pertenecen al dominio privado del individuo, al que sólo puede acceder la psicología. Cuando lo exceden, calificamos a alguien de "emocional", "inmaduro", "primitivo" y "patológico" (Lutz 1988:40-41). La emoción se ratifica en el polo individual del dualismo individuo/sociedad, fuera de las relaciones sociales.

Esta concepción incidió profundamente en la metodología de la investigación suprimiendo las emociones del investigador, pero también las de los informantes, sin permitir encarar a la emoción como un fenómeno sociocultural con distintas expresiones y fundamentos [109] (Lutz & Abu-Lughod 1990), La escena protagonizada por la mujer de Carlos y por mí presentaba a dos "personas emocionales" en un mundo de hombres -el de los ex-soldados-. Que fuera una mujer (y "una mujer de..."), no un hombre, la encargada de echarme, replanteaba (degradaba) mi status de "investigador", y el status de ella como "dirigente ad-hoc"; éramos, en vez, dos mujeres dirimiendo diferencias a través de un desplante, actitud menos parecida a una acusación política que a otro tipo de situaciones.

#### IV. La investigadora, el género y la mujer

La primer interpretación que colegas y amigos hicieron de lo ocurrido fue: ¡está celosa! Esta respuesta me parecía una soberana estupidez porque clausuraba toda inquietud ulterior bajo el rótulo, ciertamente inexplicable, de "un tema de mujeres". Por lo tanto, el incidente no sólo carecía de significación política sino académica, ubicándome en el mismo plano que mi interlocutora, y dejando de lado mi persona de "investigador" que tanto me había costado construir. Sin embargo, la rabia que me daba el incidente y su interpretación denunciaba mi "susceptibilidad" típicamente femenina.

Si bien las primeras disquisiciones sobre el trabajo de campo no siempre problematizaron el hecho de "ser mujer" (como en el caso de Margaret Mead 1970, 1976), fueron las etnógrafas quienes empezaron a cuestionar la uniformidad de la persona del investigador como occidental e individual, adulto, racional, moralmente responsable y masculino. El sustantivo neutro o no marcado, en términos Saussurianos, de "investigador" que hemos utilizado en este texto, se aplicó tanto a los

[110] investigadores como a los pueblos o grupos estudiados (los Nuer, los Azande). Este uso soslayaba, por un lado, que el mundo nativo estudiado era predominantemente masculino y, por el otro, que el investigador era generalmente un hombre. La masculinización del investigador y de los pobladores objeto de estudio derivó, necesariamente, en la masculinización de las temáticas de investigación.

La primera advertencia contra esta tendencia fue, en los años sesenta, la irrupción de "los estudios de la mujer", cuyo objetivo era "hacer visible a la mujer en a sociedad y explicar su opresión" desde distintas teorías, agregando el lado femenino como elemento fallante. La perspectiva introducida en los años ochenta apuntó a las bases del conocimiento social como un conocimiento masculino, mientras buscaba desnaturalizar la pretendida homogeneidad femenina, hegemonizada por la mujer blanca, de clase media, universitaria y occidental. La nueva perspectiva debía mostrar que así como todo conocimiento es un saber situado (Haraway 1988), las mujeres construyen sus identidades en el contexto de discursos determinados por relaciones sociales (de Lauretis 1990; Cangiano & Dubois 1993:10).

El nuevo feminismo adoptó el término de la gramática "género"<sup>11</sup>, que designa un sistema de clasificación bipolar de sujetos, para subrayar el carácter eminentemente social de las distinciones basadas en el sexo, y para rechazar el determinismo biológico implícito en las palabras "sexo" y "diferencia sexual". Así, el género cobró el sentido de un "saber sobre la diferencia sexual" (Scott 1993), no limitado al "sexo natural" (presencia o ausencia de falo) sino focalizado en las formas en que los [111] sujetos sociales elaboran los roles biológicos sexuales produciendo valores, creencias y normas (Warren 1988:12). En este proceso, el género emergió como un compromiso académico para transformar los paradigmas disciplinarios, dejando de ser una categoría descriptiva para convertirse en una categoría analítica (Scott 1993:17-19).

Estas perspectivas incidieron profundamente en la literatura metodológica replanteando el lugar del "investigador" como instrumento neutral, omnisciente y omnipresente del conocimiento. Ahora "ser mujer" no sería una anomalía sino un posicionamiento distinto de, aunque equivalente a, "ser hombre", con sus ventajas y limitaciones, sus sensibilidades y sus actuaciones culturalmente posibles. Si en la mayoría de las sociedades existen dominios de habla y de acción típicamente femeninos y masculinos, la información que obtiene una mujer no puede ser la misma que la que obtiene un hombre (Haraway 1988).

Ya en 1970 Peggy Golde explicaba que el interés sobre el lugar de las mujeres en el campo radicaba en que el "sexo" (todavía no se usaba "género") es la variable básica de organización social, y por eso está asociado a edad, status marital, momento del ciclo vital, a veces a la segregación parcial o total de esferas de actividad, y a la distinción entre lo privado y lo público. El investigador siempre tiene un sexo y cuando va al campo es incorporado, inexorablemente, a las categorías locales de género.

En este sentido, según Golde, el rasgo distintivo de la experiencia de las investigadoras es su vulnerabilidad atribuida a la debilidad física y a su mayor exposición [112] asedio sexual. Pero esta vulnerabilidad tiene su con-racara en la provocación o seducción maliciosa o involuntaria de las mujeres; si la vulnerabilidad exhibe la exposición al asedio, la detensividad puede leerse como una invitación permanente a sacar provecho de ella. La protección masculina ofrecida e impuesta a las mujeres investigadoras, tiene pues dos objetivos: dar seguridad a la mujer, y proteger a quienes están vinculados con ella. Las mujeres suelen ser objeto de "cuidados" exagerados por parte de su familia adoptiva, y de la asignación de un rol que neutralice su sexualidad. Por eso las mujeres en el campo suelen quedar "enroladas", según su edad y status marital, como niñas, hermanas o abuelas. Las investigadoras jóvenes y solteras suelen ser más celosamente resguardadas porque ponen en peligro real o potencial el honor y buen nombre de sus protectores. Ciertamente, la protección tiene

ventajas y desventajas, porque brinda seguridad y traza vínculos muy próximos, pero ostenta posesividad y control sobre la investigadora vedándole el acceso a ciertos ámbitos, limitándola en sus movimientos y modelando, en definitiva, su campo y objeto de investigación.

El valor dual de la mujer como peligrosa y vulnerable suscita reacciones también duales en el campo. Una investigadora puede ser más tolerada, menos temida que un investigador si traspasa los límites de lo permitido. Incluso sus errores y traspasos son interpretados en términos de su inimputabilidad natural, más que como una presencia institucionalizada perjudicial para los pobladores. Sin embargo, cuando despliega sus "armas", esto es, su autonomía y capacidad de aprender los códigos locales, la institucionalidad (servicio de inteligencia) [113] puede articularse con la anti-institucionalidad (el poder demoníaco de la seducción). Por eso uno de los recursos favoritos es el "rumor" que, generalmente a cargo de otras mujeres, evalúa la conducta de la intrusa en términos sexuales, más que políticos y profesionales.

De ello resulta que las mujeres suelen estar más obligadas a prestar explícita conformidad a las reglas básicas de la población local. Si el extraño se convierte en "familiar" y, además, en miembro adoptivo de una familia, debe adecuarse a sus expectativas. Conviene entonces evaluar cómo interviene ese status en la investigación. Las investigadoras pueden tratar de inventarse un rol propio, aunque negociando en otros planos y actividades con la sociedad anfitriona. La posición de dependencia con respecto a los hombres suele compensarse con el origen occidental, el nivel de instrucción universitaria y la profesión. Pero en algunos contextos, como los sexualmente segregados del Medio Oriente, los márgenes de negociación son tan estrechos que el objeto de investigación quizás deba modificarse (Abu-Lughod 1988; Atorki & El-Solh 1988; Razavi 1993).

Retrospectivamente, pensé, yo no me había encuadrado en ninguna organización de ex-soldados y no había negociado mi autonomía ideológica, política y (quizás sobre todo) femenina. Mi libre circulación me convertía en alguien sin control ni clasificación. Esta amenaza que yo empezaba a representar, oscilaba entre el status de marginal (cuando fui a pedirle a Carlos una explicación, me contestó: "Ésta no es una organización de mujeres de veteranos; es una organización de veteranos de guerra") y el de antagonista con fuerzas propias, esto es, de "enemigo" o al "servicio" del Estado nacional. [114]

A diferencia de mis amigos y colegas, ninguno de los demás veteranos interpretó el incidente como una "cosa de mujeres", sino como una "seria acusación". Un ex-soldado incluso me dijo: "Si yo quisiera espiar a una organización de veteranos mandarían a una mujer".

## V. La naturalización de lo foráneo

La acusación de espía es una de las más recurrentes en las memorias de campo. Fácil de construir, la nacionalidad y recursos del investigador suelen abonar la figura de un emisario proveniente de una metrópoli colonial, mundial o nacional. Esta imagen es correlativa a la experiencia política del grupo estudiado. Distintas expresiones de pertenencia como el color de la piel, la clase social, la cultura de origen y la nacionalidad, se corresponden con "personas" construidas en la experiencia de autoritarismo, subordinación, y genocidio. La sospecha de espionaje remite entonces, no sólo a la dependencia estatal sino también a una atribución de lealtades espúreas que vinculan al investigador con pertenencias ajenas a las que la comunidad valora y considera como propias.

Al proponerse el conocimiento de mundos distantes y exóticos, el etnógrafo se ubicó, de hecho y metodológicamente, como un agente extranjero a la población estudiada. Esta distancia, que fue problematizada por los antropólogos nativos de las academias periféricas, requiere una doble reflexión: sobre el conocimiento que esa distancia produce, y sobre los sistemas de clasificación de las pertenencias (ser nativo o foráneo).

Algunos autores identificados con la antropología postmoderna han intentado superar la división jerárquica [115] entre el investigador y el Otro presentando al trabajo de campo como un ámbito donde priman el diálogo y la negociación. Por eso, las nuevas etnografías intentan destacar las voces de resistencia y oposición del Otro al Sí Mismo (el investigador), del Resto a Occidente, evitando que la pluma del investigador se trague el disenso y lo anule para siempre (Dwyer 1982). Complementariamente, esta vertiente se ha dedicado a rescatar el Sí Mismo del etnógrafo, su persona socio-cultural, de la tentación mimética con el campo y de la tendencia estereotipadora de Occidente.

En un mundo globalizado, sin embargo, ni el investigador es un agente totalmente externo a la realidad que estudia, ni los sujetos ni el investigador "están" en lugares que no hayan sido previamente interpretados. Pero que vivan en el mismo mundo no significa que los sentidos que le impriman a su experiencia sean los mismos. A esto se refiere Marilyn Strathern cuando define a la "auto-antropología" como aquella "que se lleva a cabo en el contexto social que la ha producido" (Strathern 1987:17; n.t.). El punto no es si las credenciales (nacionales, étnicas) del investigador coinciden con las de los informantes, sino "si existe continuidad cultural entre los productos de su labor y lo que la gente en la sociedad estudiada produce en términos de explicaciones de sí misma" (Ibid). Strathern sugiere el concepto de "reflexividad conceptual" que atañe al "proceso antropológico de 'conocimiento' [que] se erige sobre conceptos que pertenecen también a la sociedad y cultura en estudio" (Ibid: 18). Incluso que el investigador proceda del mundo social de los sujetos no garantiza que identifique las discontinuidades entre la comprensión indígena y [116] los conceptos analíticos, ni que adopte los géneros culturales apropiados para interpretarla (Ibid).

El segundo cuestionamiento concierne a los sistemas de clasificación de lo propio y lo extranjero en cada sociedad. Los más habituales son los de raza, referida a rasgos fenotípicos y hereditarios, la etnia, como pertenencia a una unidad cultural; la nacionalidad, o afiliación a un estado nacional. La relevancia de estos términos depende del contexto y la experiencia de los sectores sociales en estudio. No es lo mismo tener tez morena en la República de Sudáfrica que en el Brasil, ni ser o parecer judío en la Alemania de 1930 que en la Alemania actual.

El incidente que presentamos aquí muestra hasta qué punto las clasificaciones que se aplican al investigador son propios de cada contexto. Que yo fuera una "argentina" rescatando "la memoria de Malvinas" no me hacía más aceptable -al menos- para Carlos y su mujer, quienes me identificaban con un "service" de inteligencia. Pero esa afiliación no me remitía a la CÍA ni al Mossad ni a la KGB, ¡sino al SIDE argentino! Sólo algún tiempo después pude desprenderme de la lógica acusatoria (¿por qué creen que soy servicio si no lo soy?) y preguntarme algo impensable para mis compatriotas: ¿por qué, después de todo, es tan abominable trabajar para un servicio de inteligencia del estado propio? ¿Por qué un empleado estatal, incluso del SI-DE, no puede conmemorar el 2 de abril de 1982?<sup>15</sup> En [117] todo caso, al distanciarme de mi propio sentido común como argentina, pude visualizar que en este país constituido a la luz de la nacionalidad por contrato ciudadano pero con extensos períodos de persecución política, ser asignado al Estado es, para la mayoría de los argentinos, ser identificado más que como extranjero, como enemigo. Mi posición de presunto espía de mis connacionales me ubicaba en el polo de la anti-nación, independientemente de mis explicaciones y buenas intenciones.

El trabajo de campo etnográfico se ha planteado desde sus comienzos como parte del trabajo académico occidental y por lo lanzó como una tarea masculina, individual, adulta y occidental-europea, ante Otros —marginados de la propia sociedad, pertenecientes a culturas distintas y distantes—. Este proceso ha creado una "persona" un tanto excéntrica que, por un tiempo, se recorta

---

<sup>15</sup> Entonces recordé la participación de notorios antropólogos norteamericanos (Mead y Benedict entre otros) como asesores de su gobierno para contribuir al frente aliado anti-nazi durante la Segunda Guerra Mundial (Goldman & Neftmrg 1998; Wakin 1992).

de su medio y comodidades habituales para sumergirse en un medio ajeno, frecuentemente difícil y hasta peligroso, sin ningún interés material aparente. Como vimos, los intentos de borrar al investigador, sea mediante técnicas estandarizadas, o por la fusión con los nativos, incidió en la falta de conceptualización de su persona moral, social y política, en pos del conocimiento altruista, impersonal y universal. Sin embargo, este giro nunca fue completamente exitoso porque los vandalismos del siglo XX requirieron un pronunciamiento explícito de las corporaciones académicas, y porque los pueblos que solían ser objeto de la investigación etnográfica protagonizaron esos mismos vandalismos como víctimas y victimarios. Los códigos de ética antropológica [118] de las distintas comunidades académicas fueron necesarios para sistematizar una postura de sus miembros ante una realidad compleja, problemática y cambiante, El hecho de que estos códigos no hayan cerrado el debate acerca de sí, aún con fines humanitarios, la ética sigue sosteniendo la concepción occidental e individualista de la "persona" (Fluehr-Lobban 1991; Huizer isr Manheim 1979; Wilson 1993), muestra la contradictoria realidad única y plural en la que ha crecido el trabajo de campo etnográfico. [119]